

cionados *Foundational Fictions* o *El género gauchesco: un tratado sobre la patria* reconstruyen una genealogía de la nación a partir de textos literarios, *House/Garden/Nation* usa la literatura para marcar cómo el concepto de nación se desconstruye a través de negociaciones y enfrentamientos alrededor de la exclusión de la mujer y la homogeneización de la diferencia étnica. En este sentido, como las construcciones en los textos dan lugar a un tipo de resistencia alternativa, la crítica de Rodríguez y la historización del concepto de nación se insertan en la problematización post-colonial de la nación y los nacionalismos, sugiriendo, como las novelas mismas, un tipo de protagonismo social alternativo. De momento, su logro ofrece una contribución fundamental a los estudios de temáticas contemporáneas en el área de Centro América y el Caribe.

Goffredo Diana
Universidad de Pittsburgh

Peter Elmore. *Los muros invisibles. Lima y la modernidad en la novela del siglo XX*. Lima: Mosca Azul/ El Caballo Rojo, 1993.

El colapso de los discursos totalizantes, marcado en términos históricos por la caída del muro de Berlín, ha significado para muchos el replanteamiento de todo un corpus teórico que empezaba a mostrar sus limitaciones ya desde fines de la década del '70.

De alguna manera, el espacio abierto por este cataclismo saludable no ha podido ser llenado hasta ahora sino por cierta *pulsión pragmática*, ejercida mayormente desde instancias de gobierno en países en crisis como el nuestro (y asumida por la población por simple necesidad de subsistencia); y por la proliferación de prácticas *alternativas* (llámese ecología, modelos de desarrollo y otros) que apuntan a una modificación parcial y menos ambiciosa de la realidad.

Ahora bien, cierta intelectualidad la-

tinoamericana, tal vez demasiado segura y cómoda en su visión del mundo signada por una mixtura de post-marxismo y discursos sociologizantes y antropológicos, se ha negado a entrar a este proceso de *modernización ideológica* y, más bien, ha decidido perseverar en su visión apostándolo todo por una redención histórica que pueda sobreponerse a los tiempos de tránsito y desvarío que creen o saben ver en el momento actual.

Con esta carga ideológica, cuya discusión exhaustiva escapa a los propósitos de esta reseña, esta intelectualidad tradicional —y no utilizamos el término en sentido peyorativo— pretende abarcar los distintos ámbitos del quehacer cultural y social de nuestro país. Pero el cuerpo teórico que ostenta no sólo plantea la posibilidad de penetrar la estructura de un hecho social o literario, sino también implica gruesas limitaciones, fruto de su falta de empatía con el curso de los últimos acontecimientos.

En ese contexto, Peter Elmore nos entrega con su libro *Los muros invisibles* un interesante viaje por el mundo de la novelística peruana del siglo XX, tratando de descifrar sus enlaces con los procesos de modernización emprendidos en nuestro país a lo largo del presente siglo.

El libro se abre con una referencia histórica realmente sorprendente: los muros que hasta el siglo XIX circundaban Lima, como defensa contra los ataques de los filibusteros ingleses del siglo XVII, fueron derruidos por el presidente Balta debido al crecimiento de la ciudad y también como parte de un proceso modernizante que se vería completamente frustrado por los sucesos de la Guerra con Chile.

En este singular hecho nuestro autor quiere ver, inscrito en una óptica pesimista que va a sostener en todo el libro, la señal de un supuesto aborto perpetuo de la modernidad en el Perú, proceso que para él sólo parece tener aspectos negativos y que supone, según su punto de vista, una separación entre urbe y mundo andino, esquema que plantean críticamente Arguedas y Ale-

gría desde sus propios horizontes creativos.

Las relaciones entre historia y ficción han sido siempre demasiado tensas. Si bien es cierto que una novela –aún en el caso de experiencias límites como el *Finnegan's Wake* de Joyce– no puede darse completamente al margen de la realidad y el contexto histórico en el que se inscribe, también es cierto que lo histórico no determina necesariamente el carácter y mucho menos el desarrollo mismo de una obra literaria.

En ese sentido, el esfuerzo desplegado por Elmore para describir las relaciones y tensiones entre el registro novelístico peruano de este siglo y el desarrollo de discursos y prácticas que hacen el imaginario limeño y configuran su entrada en la modernidad, va a tener algunos resultados parciales y va a estar sujeto a imprecisiones y límites que debemos señalar con claridad.

De hecho, por ej., la simpatía del autor por el movimiento indigenista de principios de siglo, aparece un poco forzada al detenerse demasiado en la contradicción, aún existente según Elmore, entre el centralismo limeño y lo que él llama el verdadero Perú. Esta tensión, tan magistralmente reflejada por Alegría y sobre todo por Arguedas, no es una estructura monolítica que opera como estigma sobre la realidad peruana, sino que es parte de un desarrollo plagado de innumerables cambios a medida que algunos procesos sociales se han ido dando en el tiempo.

La fuerte oleada migratoria de los últimos tiempos, intensificada por los 13 años de guerra interna, ha terminado por poner en cuestión tal separación antagonica entre campo y ciudad. Los campesinos migrantes de ahora ya no ven lo moderno (la ciudad) como una intromisión agresiva en la lógica comunal, tal como en una novela de Arguedas algunos comuneros ven a la calle principal del pueblo –siempre la más modernizada– como una culebra cuya cabeza sería la Plaza de Armas; sino más bien se constituye en un estímulo para ellos y, en su mayoría, intentan apropiarse de los beneficios que esta modernidad pueda ofrecer, amalgamando ciertos elementos de ella con las

prácticas culturales andinas que aún conservan.

Por otro lado, un acierto que es imprescindible señalar es el análisis de los inicios de la novelística peruana del presente siglo. Elmore da en el blanco cuando señala que *La casa de cartón* de Martín Adán y *Duque* de Diez Canseco expresan “una sensibilidad antiburguesa, secular y sardónica” (p. 205), además de entregar una conciencia irónica (y por lo mismo claramente moderna) del lenguaje y la realidad social.

Adán, para tomar un ejemplo, nos ofrece en su novela una nueva forma de asumir la modernidad, ya no desde una mimesis material o cultural –ya sabemos, París, el decadentismo y la urbanística copiada que se implementó en casi todas las capitales de América– sino desde la asunción de una *actitud* nueva, abierta al cambio, a la crítica y sobre todo a la ironía.

Lo social, pues, por lo menos en este caso, no determina la creación artística y se debe, más bien, buscar en el propio autor, su formación y sus pulsos internos, los elementos que pueden ayudar a desentrañar lo sorprendente de su visión.

“Recurrir a la realidad para juzgar un texto literario sólo lleva a la imposición autoritaria de una perspectiva ideológica que se atribuye a sí misma el monopolio de la verdad” (p. 47). Esta frase de Elmore, tan bien pensada, es la que debió presidir todo el ejercicio intelectual y la que, en algunas ocasiones, es negada en aras de un análisis tal vez demasiado politizado.

La crítica al centralismo limeño hecha por Arguedas y Alegría está bien tipificada por el análisis de Elmore. En aquellos años todavía era claro que los procesos modernizantes implementados desde la capital hacia el Ande, apoyados muchas veces por el gamonalismo local, resultaban extraños a la lógica comunal, creando recelo y defensas entre los comuneros andinos. La expresión de estas tensiones en la novela peruana, señala el autor, es inconcebible sin el fermento ideológico del indigenismo de los años '20 y de los aportes de Haya y Mariátegui. La situación, co-

mo se ha visto, ha cambiado mucho en los últimos años.

Es recién en los años '60, con la nueva generación de novelistas urbanos, que el fuerte y creciente proceso de migración surgió a partir de los años '40 tiene al fin una expresión en la novela peruana. Esta expresión, sin embargo, se plantea desde Ribeyro, Congrains y Vargas Llosa casi exclusivamente en términos negativos. El desarraigo y la falta de perspectivas de los migrantes en la urbe "monstruosa" fatigan las páginas de estos novelistas, planteando inclusive a la ciudad como el "reverso degradado" de una supuesta comunidad original y orgánica perdida con el destierro.

La Lima de la novelística peruana de los '60 sólo ofrece al sujeto desarraigo y frustración. Es un monstruo ubicuo al cual nadie puede escapar y en el que la vieja tensión campo-ciudad pierde importancia ante el crecimiento elefantiásico de las ciudades.

La posición hipercrítica y negadora que se expresa en novelas como *Los gencillos dominicales* de Ribeyro, *Un mundo para Julius* de Bryce y *Conversación en La Catedral* de Vargas Llosa tiene diversas razones que la explican. Cabe recordar, en principio, que en el momento en que estas obras se escribieron, sus autores compartían una posición política radical y muy en boga en la época, además, por supuesto, que la Lima de aquellos años era mucho más opaca y desalentada que la que vivimos actualmente, sin ser ésta, por supuesto, ningún paraíso.

Pero lo realmente sorprendente es la manera en que Elmore se adscribe a esta visión negativa de Lima, tipificándola textualmente como "el estéril y ruinoso resultado del proceso modernizador que se impuso en las primeras décadas del siglo XX" (p. 215).

Aun cuando el radio de acción de su investigación se restringía claramente al espacio temporal que va desde *La casa de Cartón* hasta *Conversación en La Catedral*, es claro que esto no debe llevar al autor a rubricar la imagen de la realidad plasmada en las novelas de dicho periodo, pues se estaría obviando el hecho de que Lima más que una

ciudad es un proceso vivo que sigue un curso de desarrollo lleno de matices, variantes, saltos y contracorrientes que, unidos a procesos sociales y culturales nuevos: la llamada chofificación, el fenómeno del desplazamiento, el "boom" de los pequeños y medianos empresarios, la esfera informal, el racismo endémico de ciertos sectores sociales, la crisis de la representación política y los nuevos políticos populares, entre otros tal vez más importantes; nos entregan otro rostro de la urbe, un rostro en profundo cambio que aún no se ha esbozado siquiera desde la producción novelística actual, y mucho menos desde los esfuerzos siempre loables de la intelectualidad de nuestro país.

Los muros invisibles de Peter Elmore, con agradables aciertos y límites claros, constituye un esfuerzo estimulante por establecer las relaciones entre modernidad y producción literaria en el Perú del siglo XX.

Victor Coral
Universidad de San Marcos

Carlos Arroyo. *Hombres de Letras. Historia y crítica literaria en el Perú*. Lima: Ed. Memoria Angosta, 1992.

Durante la década del ochenta la crítica literaria peruana comenzó a desarrollar una serie de cuestionamientos sobre el corpus literario hegemónico que sólo prestaba atención a la literatura escrita en español, dejando de lado a las literaturas indígenas y populares. Por consiguiente los esfuerzos críticos estuvieron centrados en una nueva definición de la literatura peruana. Dicho de otro modo, la crítica literaria se encontraba frente a un nuevo objeto de estudio que ampliaba y complejizaba la noción de literatura nacional.

Por esta razón se observó una relectura de la tradición fundada por Mariátegui en el sentido de relacionar literatura y sociedad, y por tanto era imposible dejar de reconocer el pluricultural de nuestra literatura.